

2

Leyendas predominantes en el estado Portuguesa

En el campo de la historia no hay oficio más delicado y complejo que la investigación testimonial... De todas las fuentes primarias de la historia, la testimonial, es decir la que deriva de la vivencia y la memoria de los protagonistas, participantes y testigos directos de las luchas históricas recogidas en el medio oral o escrito a partir de un proceso de reconstrucción mental, ofrece mucha más dificultad al investigador y le tiende trampas más numerosas, variadas y sutiles.

Arnoldo Tauler López. «Las ideas no se matan»

El Silbón



«Ese no es un silbido común, cuando yo lo oí casi que me privo. Ahora ya no se escucha ni se ve como antes, que dicen que amanecía sentado en las topias de los fogones y que es altísimo, que las rodillas le pasan más arriba de la cabeza.»

EDUARDO DAZA

De acuerdo con los datos que el pueblo de Portuguesa conoce y transmite, el Silbón existió y vivió en la región que en el siglo XIX tomó el nombre de provincia de Zamora, entre Portuguesa y Barinas. Se dice que nació en El Vijao; sin embargo, desde que esta leyenda comenzó a transitar por los caminos de la región centro occidental de Venezuela, existen dudas con respecto a su verdadero origen.

*Dicen que El Silbón nació en El Vijao,
y otros que en Guanarito se ha criado;
pero lo cierto es que entre Portuguesa y Barinas
El Silbón se ha quedao.¹*

1

En Juan Pablo Rojas Hidalgo, *El Silbón: Mito o realidad* (Folleto), Guanare: Coordinación de Cultural del Estado Portuguesa, 1990.

Atendiendo a esta imprecisión, cuando el reconocido compositor portugueseño Dámaso Delgado recogió la leyenda y la proyectó nacional e internacionalmente incluyó la posibilidad de que el Silbón hubiese nacido en Guanarito, y a Portuguesa y Barinas agregó el estado Cojedes:

*Dicen que nació en Guanarito o en Vijao
lo cierto es que en Portuguesa y Barinas se ha criado
y Cojedes lo ha visto pasá.*

FRANCISCO (Pancho) OROZCO

Guanariteño de 80 años

Yo respeto la intención de Dámaso Delgado, él quiso decir que el Silbón es de aquí, de Guanarito, para dar a conocer este pueblo, y ahora adonde quiera que uno va y dice que es de Guanarito le preguntan por el Silbón, fue buena la idea de Dámaso. Él lo hizo porque quiere este pueblo, pero ese «aparato» no es de aquí. Yo desde pequeño supe que el Silbón fue un muchacho llamado Joaquín Flores que nació en El Vijao, distrito Rojas del estado Barinas, y era muy malcriado. Porque su papá no cazó un venado y él quería comer venado, lo mató y le sacó la asadura y se la llevó a su mamá para que se la «sancochara», y por eso se condenó y anda desandando por todos los caminos de esta región.

Esta narración reafirma la dificultad para asegurar fehacientemente el origen del Silbón. Joaquín Flores pudo nacer en cualquier lugar de la geografía centro-occidental o pudoser producto de la creatividad del hombre de épocas pasadas para utilizar su ejemplo como un freno moral a la conducta del poblador de estas regiones. Pero lo que sí se debe admitir como cierto es que la leyenda como identificación folclórica del estado Portuguesa nace en Guanarito y tomó vida gracias al poder creador del compositor Dámaso Delgado, quien recogió toda la información y la llevó al acetato. Hoy por hoy su imagen ha contribuido con la proyección del estado, permitiendo también que el Silbón conviva con sus habitantes, quienes pocas veces lo ven, pero sienten sus silbidos penetrantes en las noches de mayo, cuando la ausencia de la luna presagia los aguaceros. El guanariteño cree en la leyenda del Silbón, y aun-

que los jóvenes entre 15 y 28 años a veces ríen de manera incrédula y hacen chistes acerca de sus apariciones, cuando se les pregunta seriamente si le temen a ese «aparato», como ellos lo definen, dicen que sí, que es factible oír su penetrante silbido a altas horas de la noche por las calles adyacentes al centro del pueblo. Esta afirmación denota que la población joven también cree en el Silbón.

Posible es que no haya existido, o que Joaquín Flores, el supuesto hijo de Carolina Flores y de Rosendo Silva, viviera en una época borrada por el tiempo. También es probable que el crimen realmente haya sido cometido por este personaje, y como en otros tiempos eran escasos los acontecimientos de esta naturaleza, la inteligencia del hombre llanero sacó provecho moral del asesinato y se hizo eco de la historia para que hechos semejantes no se repitieran. Luego, algún pájaro autóctono llanero ilustró esa historia.

El desaparecido abogado y escritor barinés Rafael Roberto Gavidia, cronista de Guanare, afirmó con certeza: «Esta leyenda no es más que una gesta del folclor, de lo popular, de lo nuestro»². Es de hacer notar que un alto porcentaje de la población de Guanarito abrazó la religión evangélica y hoy justifica la presencia del Silbón relacionándolo con un pájaro que cuando va a llover pasa hacia el norte y cuando viene el verano pasa hacia el sur, según la señora Pilar de Salazar. Son las creencias de personas respetables que una vez creyeron en la leyenda del Silbón, pero hoy, porque son evangélicas, la niegan.

2

Citado por Juan Pablo Rojas Hidalgo, en *El Silbón: Mito o realidad* (Folleto), 1990.

Atendiendo a investigaciones anteriores, se puede hacer mención de dos versiones acerca del origen del Silbón. La primera ya la hemos mencionado: se refiere a un hijo desnaturalizado que quería comer venado y el padre no logró traer la codiciada pieza. En protesta por su incapacidad, el hijo lo mató, le sacó la asadura y se la llevó a su madre para que la salcochara.

La segunda relata la historia de un hijo que salió de cacería con su padre y por el camino encontraron un tronco torcido que obstruía el paso; entonces el muchacho le dijo a su progenitor: «Enderéceme ese palo», y el padre le respondió: «¿Cómo lo voy a enderezar, no ves que creció torcido?». «Eso mismo pasó conmigo, me dejaste crecer torcido y ahora pretendes enderezarme», contestó el hijo, y enseguida, lleno de cólera, mató a su padre.

Como vemos, la constante en ambos relatos es que el hijo asesinó al padre.

Se dice también que tenía un hermano llamado Juan, quien en el momento del incidente le pegó con un mandador de siete nudos, le mostró una tapara de ají para que aderezara la asadura y le azuzó un perro llamado Tureco. Otras imágenes han tratado de enriquecer la leyenda, pero no han sido muy aceptadas por el pueblo, tales como que se le perdió el dedo meñique de la mano de su padre y hasta que no lo encuentre debe estar penando; que Juan le echó los huesos en una mochila que carga al hombro; que también mató a su mamá y Juan fue el único sobreviviente de la familia Flores.

Con respecto al nombre del perro, Wilfredo Bolívar publicó en el diario acarigüeño *Última Hora*, en fecha 17 de mayo de 1993, una crónica sobre el animal del Silbón donde exponía su confusión con respecto a los diferentes nombres que se le han dado: Tureco, Tudesco o Tudeco. Bolívar presentó allí una investigación bastante curiosa con respecto a la selección de este nombre. «Tudesco, palabra originaria del germánico *thiudiska*, alude a los nacidos en cierto lugar de Alemania en la Sajonia Inferior. Por extensión, la palabra pasó a denominar todo lo relativo o perteneciente al país. En este sentido, son famosos en los anales de nuestra historia venezolana la utilización, para la horrorosa conquista de la población, de los feroces perros

alemanes que fueron traídos por los Welsers para amedrentar a nuestros aborígenes y, en el peor de los casos, asesinarlos en dantescas escenas de sangre y muerte. Resultan innumerables los conocidos casos de la masacre de sangre y carne ocasionada por estos canes al servicio de los conquistadores alemanes, quienes penetraron nuestros llanos sembrando un espectáculo de terror y pánico entre los indefensos indígenas que sucumbían ante sus salvajes fauces»³.

3

En Wilfredo Bolívar, «El perro de El Silbón», *Última Hora*, 17 de mayo de 1993.

En consultas bibliográficas realizadas se pudo constatar que los indígenas que poblaron esta región apodaban Tudesco al alemán Nicolás Federman, quien vivió mucho tiempo en Portuguesa. Tudesco aludía despectivamente a alemán. Tal vez de allí surgió el nombre del perro del Silbón, como para mantener vivo el desprecio por el conquistador.

Antes de realizar la transcripción de la serie de testimonios recogidos, es conveniente señalar la impresión de dos noches guanariteñas cuando los investigadores salieron por las sabanas de El Regalo y de El Palmar de Morrones a desafiar al «canilludo».

Un día 3 de mayo a las diez de la noche aproximadamente, nos internamos en el camino que conduce a El Regalo. Después de avanzar unos diez kilómetros nos detuvimos en un claro de sabana donde solo se oía el canto agorero de la guacaba, guacabó o yacabó y el del aguaita-caminos. La noche estaba oscura, unos cinco luceros la alumbraban. Mis acompañantes, los poetas portugueses Wilmer Vizcaya y César Molina, comenzaron a desafiar al Silbón. Con un cuatro improvisaban coplas que rompían el misterioso silencio de la sabana.

*Desde Acarigua ha venido
la amiga Pérez Montero
viene buscando al Silbón
por este oscuro sendero.*

*Preséntese caminante
accepte su desafío
permita que vea su imagen
y sienta el escalofrío.*

*El Silbón va desandando
por lo ancho de la sabana
si no lo consigue hoy
lo conseguirá mañana.*

*Canilludo no se vaya
que aquí lo están esperando
la poeta de Acarigua
con valor lo está «picando».*

Así transcurría la noche mientras los poetas contrapunteaban con admirable destreza. Después de las once comenzó a relampaguear y una suave garúa bañó el solitario paraje. Se introdujo el pánico en el ambiente y afloró el recelo del llanero cuando está asustado. Un intercambio de miradas que, sin palabras, dice mucho. La linterna permitía vernos los rostros para darnos valor. María Elena Espinola, la muñequera de Guanarito, también integrante del grupo, estaba sumamente asustada, pues se comentaba que el Silbón podía aparecer de un momento a otro, porque siempre lo precedían los relámpagos.

Así estuvimos por espacio de una hora en espera del solicitado. Treinta minutos después de la medianoche, el temor de María Elena casi llega al delirio. Por entre la maleza, desde el suelo, vemos que emerge una luz inmensa anaranjada. La luna saliéndose asomó con un vigor extraño, jamás visto por mí. Parecía una llamarada de fuego muy cercana que incendiaba la sabana. Y como por encanto sobrenatural aclaró, la noche perdió el misterio, desvaneciéndose la esperanza de ver aparecer al Silbón o por lo menos oír su silbido.

A la una de la madrugada caminé sola más de un kilómetro con un vaso de caña clara en la mano para ofrecérselo al Silbón, al final lo dejé al pie del único árbol que se recortaba erguido en la fantasmal oscuridad. Le ofrecí aquel brindis y le expliqué lo hermoso de este trabajo. Al colocarme de espalda para regresar al sitio donde había quedado el grupo no pude evitar que un escalofrío terrible penetrara por mi columna. Tuve temor. No del espanto en sí, sino de sus crímenes y andanzas. Dos horas más tarde decidimos regresar a Guanarito.

La noche del 30 de mayo tomamos la vía de El Palmar de Morrones. Otra vez a las diez de la noche el mismo grupo salió en busca del espanto de la sabana, pero una lluvia torrencial impidió la realización de la tarea. Estuvimos cuatro horas esperando y cada vez los charcos, alumbrados a intervalos por la luz de los relámpagos, eran más visibles en el camino. A las dos de la madrugada regresamos a Guanarito sin haber podido tropezar con el Silbón.

JOSEFA GARCÍA

Yo he oído muchas veces al Silbón, pero desde el año 1968 más o menos no lo he vuelto a escuchar. Yo dormía en un ranchito con la lámpara de querosén prendida porque le tenía miedo al Silbón. El ranchito estaba allí, donde hoy está la cancha, aquí en Guanarito. Cuando eso aquí la luz la apagaban a las diez de la noche, a las nueve daban el aviso para que la gente se recogiera, y cuando todo mundo estaba recogido, la apagaban. Entonces aprovechaba el Silbón la oscuridad para salir a silbar y a asustar. Cuando pasa para abajo va a llover y cuando pasa para arriba va hacer verano, así decía mi mamá que en paz descanse.

Ahorita sale, pero por las orillas, cuando la noche es bien oscura. La gente dice que él existió y que tenía un hermano llamado Juan y que andaban cazando los dos con el papá. El Silbón lo mató porque encontraron un palo atravesado en el camino y el papá no lo pudo enderezar para poder pasar y le dijo: Asímismo me pasa a mí, que usted no me enderezó chiquito, sabiendo que iba a crecer maluco. Él lo mató y se llevó la asadura para la casa y se la dio a la mamá para que la sancochara, y cuando la mamá vio que la asadura se abollaba en la olla y no se ablandaba le preguntó que de qué animal era esa asadura y él le dijo que era de su papá, que lo había matado, y la madre lo maldijo para toda la vida. Entonces Juan le zumbó los huesos en una mochila y le dio una pela con un mandador de siete nudos y le echó ají por donde quiera, por eso es que él le tiene miedo a la tapara de ají y al mandador. Dicen que cuando Juan le echó los huesos en la mochila se le quedó el del dedo chiquito de una mano del papá y él anda penando hasta que consiga ese hueso.

ALEJANDRO ASÍS QUINTANA

Cuando yo estaba pequeño jugaba trompo de noche junto a un puente de tabla que atravesaba el caño El Tiestico. Allí siempre amarraban una burra. Una noche, aseguré bien la burra con el guaral del trompo y me monté en ella. La burra negra corcoveaba y se iba poniendo grandota y peluda. Yo me privé y después me recogieron unos viejitos que me llevaron para su casa y le avisaron a mi mamá, porque yo era menor de edad. Los viejitos me pusieron a dormir en un cuarto donde ellos guardaban unas caraotas y cuando me estaban colgando el chinchorro se escuchó el silbido del Silbón que pasó por arriba de la casa, y por la madrugada ellos oyeron que se habían reventado los colgaderos y el Silbón me estaba machucando. Yo estaba gritando, pero era asustado, yo no sentí cuando él me machucó, pero me dio mucha fiebre y por la mañana amanecí aporreado.

EDUARDO DAZA

Vecino de Guanarito

Según la leyenda que yo conozco, el Silbón nació en un caserío llamado El Vijao del estado Barinas. Allí se cría hasta los 16 años, cuando se convierte en azote del lugar y el padre, por vergüenza, se traslada a Guanarito y va a vivir en el hato Los Camorucos de El Palmar de Morrones. El muchacho mejora la conducta, trabaja con su papá Rosendo Silva y la madre, Carolina Flores, está muy contenta. Joaquín Augusto Flores se enamora de la muchacha más bella de Guanarito, descendiente de una familia Orozco ⁴.

4 Las familias Orozco que actualmente residen en Guanarito negaron rotundamente tener conocimiento de estos datos.

Una tarde de un domingo, los novios salieron a pasear a caballo. La muchacha se cayó y se golpeó la cabeza con un tronco, muriendo en el accidente. Esto hizo que Joaquín se endemoniara de nuevo. Como loco salió para la quebrada de la Virgen. Allí consiguió a dos muchachas que se estaban bañando y violó a una de ellas, pasó por Guanare, Acarigua, Tinaco, Tinaquillo, Valencia y llegó a Caracas. Más tarde se fue para Puerto La Cruz, donde vivió dos años en casa de un pescador. Se enamora de nuevo; pero un día bañándose en la playa, los arrebató una ola y el pescador pudo salvarlo a él, pero no a la novia. Joaquín, al darse cuenta de que perdió a la muchacha, se endemonia otra vez y mata al pescador y se viene huyendo para su tierra natal.

Llega a El Vijao, pasa para El Palmar de Morrones y se encuentra a su mamá cosiendo en un corredor y le dice: «Usted es la que dice ser mi madre». La mata y le saca la asadura. Luego busca al padre y le dice: «Usted es el que dice ser mi padre», y lo mata, lo abre y saca la asadura. Después Joaquín Augusto se va en busca de su hermano Juan Gil. Era 3 de mayo, lo consiguió limpiando una «roza», es decir, haciendo un conuco, pero Juan le vio la intención de que iba a matarlo y con la coa que tiene en la mano lo arremete a golpes y el Silbón, ya convertido en ese «aparato», corre hacia la montaña. Juan se arrodilla y pide a Dios castigo para su hermano que ha matado a sus padres ⁵.

5 Esta versión tiene influencia de la fantástica narración del barinés Rómulo Urquiola, quien llegó hasta a colocarle fechas al nacimiento y a las andanzas del Silbón, citando incluso lugares que no estaban fundados para el tiempo en que ubica su narración.

Yo era un muchacho y acompañaba a los cazadores a buscar venados por las sabanas de La Cadenera, Los Pavos, El Jebao, Merecurito. Después de las ocho de la noche y en el mes de mayo siempre lo oíamos.

Ese no es un pájaro, ¡qué va!, porque aun no conociéndolo al oír el silbido deja impresionado al que lo escucha. Jamás un silbido puede penetrar tan profundo y erizar todo el cuerpo. Ese no es un silbido común, cuando yo lo oí casi que me privo. Ahora ya no se escucha ni se ve como antes, que dicen que amanecía sentado en las topias de los fogones y que es altísimo, que las rodillas le pasan más arriba de la cabeza.

PILAR DE SALAZAR

Eso del Silbón son puros embustes. Ese silbido se oye nada más cuando va a llover. ¿Por qué no sale en otro tiempo? Claro... porque es un pájaro que le llaman chiricoca del aire que canta cuando va a llover y hay otro pajarito que se llama carrao que también anuncia los aguaceros, pero ese tal Silbón es la chiricoca. Yo no creo, cuando era joven sí creía, pero ahora no. Imagínese, con tantos crímenes que ocurren a diario: hermanos que matan a los hermanos, hijos que matan a los padres, esto sería una silbonera muy grande, no podríamos dormir de puros silbones. Otra cosa que dicen es que para que no espante uno tiene que tener un hermano llamado Juan, una tapara de ají, un mandador y un perro llamado Tureco.

ELADIO ANTONIO MORENO

Yo venía de una zona que llaman Pajoncito, venía temprano a quedarme en El Paso. El viene de aquí para allá y yo de allá para acá. Yo lo oigo que viene y dije entre mí: Voy a darle el lado del camino para que pase, y me metí hacia el monte. Uno cree que lo va a ver como una persona, pero qué va, lo que sentí fue el silbido. Yo dije: Ajá, ya pasó el Silbón, ahora voy a seguir yo. Cuando iba como a media cuadra me silbó más duro, con un silbido que paraba los pelos, que engrifa. Yo le metía la linterna por todas partes, una linterna nuevecita, y eso clarito y no se veía nada. Como a las dos cuadras lo sentí otra vez y yo pa' lante, carajo. Ya llegando a las primeras casas me volvió a silbar, pero un silbido muy malo, bravo de verdad, que hacía temblar la tierra. Llegué a la casa de un baile, yo no tenía miedo, me sentía defendido con la linterna. Cuando entré a la casa hasta los músicos dejaron de tocar por lo duro que silbó ese «aparato». Todos salimos para afuera y no vimos nada.

JULIO HERNÁNDEZ

Soy de San Fernando de Apure, vine para acá ya hombrecito. Al Silbón yo lo he oído de refilón, pero ese bicho para los pelos de punta. Dicen que es un pájaro. Yo no sé si será leyenda, pero él asusta. A un amigo mío lo atacó muy duro. Él iba por un camino y el Silbón con su silbido lo fue llevando y lo fue llevando hasta su casa. Cuando mi amigo entró a la casa, le puso la mano a la escopeta y le dijo: Silbá desgraciado. Ese bicho como que le tiene miedo al plomo porque no silbó más nunca.

GUSTAVO OLIVARES

Yo no fue que lo vi, pero sí nos echó un susto a mí y a Martín Galea por estar borrachos. Íbamos llegando a la casa cuando sentimos ese bicho atrás: *jui juio, jui juio* y yo no le hacía caso. Ahí me dijo la compañera mía: pero mijo, apúrese, que usted viene rascado y ese es el Silbón que lo trae alcanzado. Como uno pelao no le tiene miedo a nada, pelé por una peinilla y le dije: Párate ahí gran carajo para tumbarte la cabeza de un machetazo. Pelao yo, y Martín adentro de la casa porque ese sí tenía miedo. Después me fui a llevar a mi compadre Martín. Cuando venía de regreso se me pegó el bicho otra vez atrás: *jui juio, jui juio*. Ya le digo, hasta la casa me trajo y ese silbido se sentía clarito en el patio. Yo me acosté y siguió silbando. Ese otro día amanecí aporreado, pero yo no lo vi. Fue la electricidad de él, menos mal que no lo vi porque me hubiera asombrado.

Por aquí para arriba está un señor llamado Sergio Fernández, a ese se le encaramó en un burro, sí señor, *chuqui chuqui* arriba del burro y el carajo pegado y llegando a la casa lo privó. Él lo llevó a la casa de chuco. Ese es un cadáver muy feo y todo el que lo ve queda privado. Por los lados de El Vijao y que lo han visto. Por ahí fue que hizo los destrozos.

Carpintero, fabricante de urnas desde hace aproximadamente cuarenta años, Alejandro Barco es un guanariteño que solía realizar su oficio a cualquier hora que algún vecino lo necesitara. Solo preguntaba la medida del muerto y en dos horas los familiares estaban velando el cadáver.

ALEJANDRO BARCO

Yo sí creo en el Silbón, porque yo lo oí una noche en Maporita, silbaba muy duro y paraba los pelos de punta, da algo de miedo. Ese dicen que fue un muchacho que mató al papa para comerle la asadura. La gente dice que corre llamando a Juan y a un perro Tureco y enseñándole una tapara de ají, esas son las contras de él. Los que lo han visto dicen que cuando se sienta le pasan las rodillas más arriba de la cabeza, que son como de metro y medio, por eso le dicen el canillúo. Por ahí por Sabana Seca, de donde es él, dicen que todavía existe, que silba mucho y machuca gente y a otros los asusta.

SIPRIANO LARA

Una noche un guardia estaba haciendo guardia en el comando y los otros estaban para dentro y le llegó uno sonando la puerta: *tuqui, tuqui, tuqui*, y cuando él se asomó aver quién era, ve al Silbón que iba ya de salida y se le pegó atrás. Ese guardia y que iba casi volando y que no tocaba el suelo, sin botas y sin nada porque no tuvo lugar de ponérselas. Los otros guardias, viendo que él iba corriendo, se le pegaron atrás. Llegando a la costa del río ya lo llevaba alcanzado, ahí el Silbón miró para atrás y cuando lo vio cayó al suelo, ahí llegaron los otros guardias y lo recogieron y se lo llevaron para el comando otra vez. Quedó casi loco, tuvieron que llevarlo a media noche para la medicatura. Ese sí lo vio, porque el Silbón no iba corriendo, el que iba corriendo era el guardia atrás de él y no lo alcanzaba.

También cuentan que un hombre que era músico de bandola dejó a su mujer solita con un vecino pendiente y se fue. ¿Usted viene esta noche?, le preguntó la mujer, y él le contestó: Bueno, si termina el baile vengo... si no, pues vengo mañana, ahí queda con Dios y la Virgen. Y fue como a las doce de la noche que llegó puntiendo la bandola. Entonces la mujer que conocía la música del hombre dijo: ¡Ay!... ¿será que se acabó el baile? Ajá, ¿llegó?... Sí, ábrame la puerta, pero no es preciso que prenda la lámpara, fue que el baile se terminó, se formó un brollo y yo me vine, ¡qué voy a amanecer por allá!, dijo el hombre, y antes de que la mujer le quitara la tranca a la puerta, la puerta se abrió y *bum*, se metió y que se acostó en la cama y ese otro día y que amaneció muerta... muertica.

Como a las ocho de la mañana se despertó el vecino, vino y halló la puerta trancada, como ese es un espíritu no abrió la puerta. La puerta estaba cerrada y la mujer tiesa en la cama. La había matado. Le llegó en figura del hombre de ella.

Yo lo he oído mucho silbar, pero yo lo corro, le digo: Mirá Juan, escuchá... escuchá, azuzá a Tureco, aquí tengo la tapara de ají y el mandador, y se va. Le huye a todo eso. Dicen que él le tiene miedo a todo eso porque cuando él mató al papá y a la mamá, su hermano Juan y que le echó una pela con un mandador de siete nudos y azuzó al perro Tureco y le decía: Espérate ahí, gran carajo, que me mataste a mis taitas, y cuando el perro por fin lo tumbó y que le untó ají por todas partes.

MARIO ALVARADO

Quiboreño, con 20 años en Guanarito

Yo no creía, pero yo lo oí en Chiriguare, estaba enamorado y con ella me casé. Ese bicho silba muy duro, yo me asusté mucho y apuré el burro, cuando llegué a la casa no me prendieron luz, por eso no me privé, pero me dio calentura.

A través de su hija Laura Coronado localizamos a José Ramón Coronado, de 90 años de edad y con una lucidez asombrosa. Nació en Barquisimeto, pero desde muy joven se residió en Acarigua, ciudad donde fundó la fábrica del recordado suero La Campana.

JOSÉ RAMÓN CORONADO

Yo nunca le he tenido miedo a los espantos, los he sentido, pero yo no me he asustado. Mire, yo me puedo dar el lujo de decirle que yo sí vi al Silbón, lo vi así, cerquitica, como la estoy viendo a usted. Eso fue una noche como a las nueve en el caño de Maraca, en Guanarito. Yo estaba trabajando en la montaña, sacando madera, y como me aplicaba a la mecánica el señor Teodoro Burgos me mandó a llamar para que le fuera a arreglar la camioneta que se le había accidentado, yo fui temprano para allá, como a las tres, pero el trabajo se complicó y se nos hizo de noche. Como a las seis se comenzó a poner invierno..., se puso oscuro y comenzó a llover. Nosotros nos metimos en un ranchito de barro que había y en eso vimos una luz en el camino que se venía acercando y acercando, pero cuando llegó vimos que era un señor de los que vivían por esos lados, venía en un burro y traía una linternita. Él preguntó que qué nos pasaba y yo le dije que estábamos arreglando la camioneta, pero que todavía nos faltaba, pero estaba ya muy oscuro y para ñapa lloviendo. El señor amarró el burro en una mata de caruto que estaba cerca y se metió con nosotros a escampar.

Al rato de estar ahí y de ver que cada rato el invierno arreciaba, de repente escuchamos un silbido muy fuerte a lo lejos, nos miramos los tres, y yo como buen hijo de rezandera que soy comencé a rezar calladito y ese silbido se fue acercando más y más y yo seguía rezando y el silbido más cerca y más fuerte. En eso vimos a un gigante... Mire, ese es un bicho muy alto y feo, los brazos son peludos, pero los pelos son gruesotes, más bien parecen pedazos de guaya. Ese bicho nos silbó encima de la cabeza y cayó en la pata del caruto, el burro del susto reventó el mecate y se fue corriendo. Ese «aparato» cayó al suelo como un avión, con los brazos extendidos, la cara no se la vi bien porque cayó boca abajo. Yo empecé a rezar bien duro y entonces el señor del burro, que no me acuerdo cómo se llamaba, me dio un golpe por la boca y me dijo: No rece, carajo... no rece que nos va privar, y Teodoro Burgos y él comenzaron a decirle groserías, a insultarlo y a mandarlo para el infierno. Ese bicho se levantó como un verdadero avión, lanzó un alarido horrible y bien duro y se fue hacia arriba y desapareció en la oscuridad de la noche.

RAFAEL PÉREZ HERNÁNDEZ

Yo lo escuché en Guanare Viejo, pero no vi la figura, solo se oye el silbido; y otra vez lo escuchamos en la prefectura de la policía, aquí en Guanarito, silbó en la cuadra y se estremeció toda la tierra, porque hasta el prefecto José Barrios que estaba durmiendo lo escuchó. Eso fue en 1966, cuando el gobierno de Leoni. Juan Pedro del Moral era el gobernador del estado y habíamos como diez policías y patrulleros. Yo era patrullero, esa noche había una lloviznita, en ese momento todos nos asustamos y Yuzti, uno que ahora trabaja en una bomba en la entrada del pueblo, comenzó a rezar, y Chicho Mota comenzó a maldecirlo y le decía ¡vete de aquí!, y le hacía la cruz, y el Silbón se fue alejando. El comandante de ese puesto se llamaba Pedro Piña, ya se murió.

GIOVANNI FALCÓN

Yo trabajé en Los Jeyes, cerquita del hato Los Malabares de Juan José Montenegro, ya eso era ruinas. Allí yo comencé a creer, porque aquí en Guanarito lo he oído mucho, pero no le tengo miedo porque creo en Dios y uno se basa en que uno el hombre reza.

Esa noche en Los Jeyes, cuando lo oímos, muy feo, paraba los pelos de punta, andábamos tres a caballo, andábamos cazando, y con tres hombres bien armados no le da miedo a uno, ese lo sentíamos cerquitica hasta que llegamos a un hato llamado Mata de Bejuco, allí se apagó y no se oyó más.

USLAR GARCÍA

Maestro guanariteño de 22 años

Yo le temo porque su silbido es aterrador. Cuando yo trabajaba en Caño de Indio oía los relatos y en las noches de invierno rezaba para que no me saliera. Mire, un representante de la escuela llamado Lucho, un día 3 de mayo hizo un velorio de Cruz, esa tarde había llovido mucho. Ya en la madrugada salió a parrandear y los amigos le dijeron que no se fuera, que lo iban a asustar, que le iba a salir el Silbón, y él dijo: Que me salga ese desgraciado, que yo soy más bravo que él, y agarró su burrito y se fue. Cuando iba por el camino el burro no quiso seguir y Lucho le daba patadas y el burrito resistido, no quería entrar en la montaña, después el burro lo tumbó y se fue. Lucho quedó allí en la montaña tirado, inconsciente. Nosotros oímos el silbido y luego los gritos y lamentos. Salimos todos corriendo y lo encontramos privado. El dijo que lo vio y que era muy feo. Cuando lo estábamos llevando para su casa hizo un fuerte ventarrón que casi nos lleva con todo y el señor Lucho.

FILOMENA MONTILLA

Yo oía al Silbón cuando vivía en el campo, para allá, del banco para abajo, en Bototico, por la vía de La Capilla. Yo tenía como 15 años. Eran las diez de la noche y la gente salió a cazar: mi padrastro y un hijo de mi mamá. Ellos trajeron una venada y se pusieron a componerla en la pata de un mamonón, y ese bicho parecía que estaba subido en el palo porque silbaba que estremecía la tierra, como había como ocho personas, comenzaron a remedarlo y ese bicho se puso muy bravo. Mire, cuando la gente lo arremeda cuente que se le pega atrás. Fue tanto el susto que a la venada la dejaron en el patio y por la mañana fue que la acomodaron. Él ahora no echa broma, eso era antes porque habían pocas casas y la gente era muy renuente.

FREDDY JOSÉ VIRGÜEZ

Inspector de catastro de la alcaldía de Papelón

Yo andaba por un sitio llamado Pirital, por la vía de La Capilla. Tenía yo 20 años, andaba con un señor llamado Juan de Mata que me convidó a cazar. Estábamos en el mes de mayo. Yo no conocía ni había oído mentar la cuestión del Silbón. Eran como las doce de la noche, ya veníamos del monte y estaba cayendo un palo de agua. Veníamos cerca de Pirital cuando de golpe oigo un silbido fuerte que retumbó y yo pregunté: Juan... ¿escuchaste ese silbido de pájaro? Sí, me dijo. Al rato retumbó el silbido nuevamente y me dijo: Apague la linterna. Yo apagué la linterna y seguimos caminando.

Cuando llegamos al caserío, en la casa de enfrente me preguntó: ¿Verdad tú oíste el silbido? Sí, le dije. Ese era el Silbón, me dijo. Cuando él me dijo así, a mí se me espelucó el cuerpo y no me atreví a irme solo para la casa que quedaba como a cuadra y media y Juan de Mata tuvo que llevarme. Cuando llegué le eché el cuento a la suegra. Me acosté y siguió lloviendo. Como a las dos de la madrugada escuchamos el silbido otra vez que retumbó, y se sintió que pasó por encima de la casa. Era el Silbón, porque todos nos asustamos y lo sentimos después por debajo de la tierra que estremecía toda la casa.

JOSÉ (Cacho) LINARES

Cantautor y promotor cultural de la alcaldía de Guanarito

El finado Fermín Ortiz también me contó lo que pasó en el fundo San Rafael, en jurisdicción del hato Las Cruces, que pertenecía, si mal no recuerdo, a Metodio Mena. Ese hato tenía terreno en Portuguesa y en Barinas porque estaba en el límite. El administrador dormía en Barinas y a los seis metros estaba Portuguesa. Las mujeres dormían en Portuguesa y cocinaban en Barinas. Nicolasito Bianco, el administrador, tenía un aljibe o pozo. En aquella época los pobres no podían hacer aljibes, los hacían entamborados. Ese aljibe tenía como treinta metros de profundidad y allí el que se metía se asfixiaba. Fermín Ortiz estaba durmiendo allí y escuchó a Nicolasito como de diez a once de la noche que llegó tosiendo a la caballeriza. Nicolasito estaba buscando a Fermín para que le limpiara el pozo porque ya se habían asfixiado dos personas y él tenía miedo de meterse a limpiarlo. Cuando Fermín escucha al hombre tosiendo, de una vez rápido se levantó, descolgó la maleta y salió por detrás de la casa. Él se fue a dormir a otra casa, cerca de allí, a unos tres o cuatro kilómetros de distancia, donde una señora de apellido Mireles.

Él colgó allí, calladito, porque se metió a la casa, casas de llano, sin pedir permiso. Cuando él está poniendo el colgadero de la parte de afuera del corredor, sintió un silbido muy fuerte, y como estaba molesto con Nicolasito de una vez pensó que era el Silbón y le dijo: Párate ahí largurucho para echarte una paliza... ño sinvergüenza, y enseguida le mecieron el colgadero de la hamaca. Él gritó a la señora que estaba adentro, pero ella no salió, y a la segunda mecida de la hamaca cayó privado hasta el otro día que lo pararon los peones de la casa.

